



Capítulo 27: Admiradores secretos

Tras el partido, Vergil jadeaba, pero estaba satisfecho con su actuación. Sus compañeros lo felicitaron y, tras una rápida despedida, salió de la cancha. Notó que el grupo de estudiantes se dispersaba, pero las miradas seguían fijas en él.

"Ese juego fue increíble", dijo Alexa, acercándose de nuevo a Vergil. "De verdad que captaste la atención de todos".

Vergil sonrió, un poco cansado. "Sí, parece que hoy estoy constantemente en el punto de mira. Espero que se me pase pronto".

"Con esas mujeres y lo que hiciste hoy, no va a pasar pronto", comentó Alexa. "Estás en una posición muy visible ahora".

Vergil negó con la cabeza, intentando asimilar todo lo que estaba sucediendo. "Bueno, al menos estoy rodeado de gente que me apoya. Eso ayuda."

"Claro que sí", dijo Alexa con una sonrisa. "Y no te preocupes, todos nos acostumbraremos con el tiempo. Solo intenta disfrutar el momento y hazlo lo mejor que puedas. Además, Harry lleva unos días sin venir a la escuela; ¿sabes algo al respecto?"

"¿Mmm? No, estuve una semana de... viaje, digamos". Vergil dijo: "Le enviaré un mensaje y te avisaré si hay algo". Sacó su teléfono.





"De acuerdo, gracias...", dijo Alexa, preparándose para irse. Recogió su bolso con calma y se dio la vuelta. "Nos vemos luego". Dijo, sonriendo de oreja a oreja, una sonrisa encantadora...

Las tres mujeres que habían estado calladas... "Podría tener un accidente... Digo, me encantaría llamar a Truck-kun para que juegue con ella en la puerta de la escuela... Tal vez yo... ¡Ay!" ¡Katharina sintió que Ada la pisaba!

¡Ay, ay, ay, perra! —le gritó Katharina a Ada, rompiendo por completo el ambiente—. Esa perra es tu madre —dijo Ada, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Quieres que Vergil se enfade contigo? Entonces deja de conspirar contra cualquiera que se le ponga delante —comentó Ada.

¿No se suponía que te ibas? ¡Ya! ¡Quiero disfrutar de mi marido a solas! —dijo Katharina, señalando hacia el otro lado—. ¡Fuera de aquí, vete! —dijo.



"Este idiota no quiere escuchar. Necesito explicarle qué debe tener en cuenta. Sé que lo dejarás hacer lo que quiera. ¡Solo no quiero que muera de repente, y que tu estúpido contrato, señorita, nos mate con él!", dijo Ada, molesta con Katharina, quien casi bajó las orejas como un cachorrito triste.

Vergil observaba el intercambio de pullas entre Katharina y Ada con una expresión que mezclaba cansancio y diversión. Conocía bien las fuertes personalidades de sus esposas y estaba acostumbrado a los momentos de tensión que surgían entre ellas. Sin embargo, en el fondo, sabía que todas estaban ahí para ayudarlo, incluso cuando la situación se descontrolaba.

—Bueno, bueno, chicas —interrumpió Vergil, levantando las manos en un gesto tranquilizador—. Tranquilicémonos. Nada de atención innecesaria, ¿de acuerdo?



Ada, aún seria, se cruzó de brazos y miró a Vergil. "Exactamente. Lo que quiero decir es que deben tener cuidado, sobre todo aquí en la universidad. Sabemos lo importante que es mantener en secreto nuestras verdaderas identidades. Lo último que queremos es atraer a inquisidores o a cualquiera que esté cazando demonios."

Vergil asintió, comprendiendo la preocupación de Ada. "Lo sé, y no pienso hacer nada que nos ponga a todos en riesgo. Si algo hemos aprendido últimamente, es que la discreción es nuestra mejor aliada. No quiero que otro idiota secuestre a mi linda esposa", comentó sonriendo. Roxanne tembló de ira por un segundo, pero se recompuso y solo le sonrió.

"Así es, jefe. Confiamos en usted. Y como siempre, estaremos atentos. Pero por ahora, necesitamos volver al inframundo para resolver algunos asuntos", dijo Roxanne, intentando volver al tema principal.

Ada le dirigió una última mirada severa a Katharina, quien seguía con su expresión traviesa. "Y tú, Katharina, mejor cuídalo mientras no estamos. No causes problemas. Y por favor, evita llamar al... ¿cómo dijiste... "Truck-kun" para que envíe mujeres a Isekai?", suspiró Ada.

Bueno, aunque Ada era un poco estricta, le gustaba el anime y sabía muy bien qué era Truck-kun... ¿Quién no sabe qué es Truck-kun? ¡El legendario creador de todos los isekais! ¡El que envió figuras legendarias a sus mundos!

Katharina puso los ojos en blanco, fingiendo desinterés, pero pronto esbozó una sonrisa pícaro al mirar a Vergil. «Oh, no te preocupes. Lo cuidaré muy bien. Estará en buenas manos», dijo con una sonrisa pícaro, casi burlona.

Roxanne se rió del comentario de Katharina y negó con la cabeza. "Eso es, Katharina, no te pases. Queremos que Vergil esté entero cuando regresemos, no demasiado cansado para recibirnos".





Vergil soltó una suave carcajada y negó con la cabeza. «Parece que estoy en buenas manos. Puedes irte sin preocupaciones».

—¡Qué bien! Te meterá en problemas más rápido que un Lamborghini. —Ada finalmente suspiró una vez más y, con una mirada de leve desaprobación, se volvió hacia Roxanne—. Vámonos. Tenemos cosas que hacer. Y Katharina, confiaré en ti, aunque parezca arriesgado.

Las dos saludaron a Vergil por última vez antes de desaparecer discretamente y sin armar alboroto. Ada y Roxanne sabían lo importante que era mantener la discreción y se aseguraron de no usar poderes ostentosos, simplemente camuflándose entre los edificios como si se marcharan con normalidad.

Ahora, a solas con Katharina, Vergil centró su atención en ella. "Bueno... parece que por ahora solo quedamos los dos".

Katharina se acercó, uniendo su brazo al de Vergil con una sonrisa seductora. «Exactamente, mi amor. Ahora que estamos solos, ya no tienes distracciones. Y como te prometí, te cuidaré muy bien». Le guiñó un ojo, dejando clara la provocación.

Vergil rió, negando con la cabeza. "Espero que respetes las reglas. No llames demasiado la atención, ¿de acuerdo? Sabemos lo que está en juego".

"Claro, claro", dijo Katharina con naturalidad, aún con ese brillo travieso en la mirada. "Sin poderes demoníacos. Solo una esposa devota cuidando de su marido... y divirtiéndose un poco en el proceso". Le dio un suave pellizco a Vergil, riendo.

Suspiró, resignado, pero incapaz de negar que le gustaba el estilo despreocupado y travieso de Katharina. "Simplemente no te pases", dijo,





medio en broma, medio en serio. "Lo último que necesitamos es que algún inquisidor ande husmeando por aquí. Si mantenemos nuestra identidad en secreto, estaremos bien".

Virgilio estaba a punto de relajarse cuando Katharina, con mirada alerta, fijó su mirada en un punto específico.

El entorno que los rodeaba pareció cambiar instantáneamente.

El cielo se tornó de un rojo intenso y el suelo pareció ondularse como si pulsara con energía inquieta.

Vergil sintió un escalofrío al darse cuenta de que estaban dentro de una dimensión de batalla similar a la que Leon lo había metido días atrás, una esfera de realidad creada por Katharina para proteger y aislar cualquier enfrentamiento.



"Llevamos un rato con dos ratitas vigilándonos...", murmuró Katharina, con la mirada fija en un punto invisible. Levantó una mano y, con un gesto casi imperceptible, las barreras que las rodeaban se ajustaron para asegurar que nadie pudiera escapar de la dimensión. Una energía demoníaca, sutil pero imponente, emanó de ella, y Vergil percibió la gravedad de la situación.

Su corazón se aceleró, no sólo por el cambio repentino sino por la tensión que conllevaba.

Dentro de la esfera de batalla, el tiempo parecía extenderse. Katharina estaba tranquila, pero su mirada era aguda y observadora. Vergil sintió una oleada de preocupación al saber que algo estaba a punto de suceder. Lo último que quería era que su esposa se viera obligada a lidiar con problemas



adicionales, sobre todo con lo mucho que se esforzaban por mantener una vida normal.

De repente, dos figuras aparecieron frente a ellos. La primera tenía el cabello verde brillante adornado con piercings que brillaban bajo la luz roja de la dimensión. La segunda tenía el cabello castaño peinado con un tupé rebelde y una expresión de desdén. Ambas parecían incómodas con la situación y fueron claramente sorprendidas por la intensidad de la barrera demoníaca.

Katharina, con una sonrisa fría y calculadora, se cruzó de brazos. «Parece que tenemos visitas no deseadas. Bueno, ya que están aquí, ¿por qué no se presentan?»

El joven de pelo verde se movió ligeramente, visiblemente irritado. "¿Por qué nos retienen aquí? ¿Qué creen que están haciendo? No hicimos nada."

Katharina rió levemente, con una mezcla de diversión y desdén. "¿Creen que pueden espiar y salirse con la suya? No aquí, no mientras tenemos nuestro momento privado. Ahora, por favor, expliquen qué están haciendo y por qué nos observaban, Héroes".

El joven castaño levantó una ceja, con una postura desafiante. «No vinimos a causar problemas. Solo queríamos ver qué pasaba. No sabíamos que era tan... ¿cómo decirlo?... estricta, señorita Demon».

Vergil, a su vez, observaba con interés. No era habitual que su esposa fuera tan directa; le gustaba jugar, pero parecía un poco más seria de lo habitual.

Katharina no se dejó intimidar por el desdén del joven. "Bueno, entonces. Aclaremos las cosas. ¿Qué pretendías exactamente vigilándonos? Este es territorio del Clan Agares".





Los dos intercambiaron miradas. "Ya veo. Estábamos vigilando a cuatro demonios que aparecieron de repente en nuestra escuela; no queríamos ofender. La princesa Agares, Katharina Agares... y este hombre... Vergil Kenn..."

"Vergil Agares, mi querido esposo", dijo, rompiendo los rostros de los dos "héroes".

